

ESTADO ACTUAL DE LA FILOSOFIA EN COLOMBIA

Cuando se quiera escribir la historia de la filosofía en América Latina —de sus vicisitudes y posibilidades— será necesario empezar por el estudio de los movimientos filosóficos en los años coloniales, no porque encontremos en ellos las raíces —las cuales hay que buscarlas, indudablemente, en Europa— de nuestro posterior desarrollo filosófico, sino porque siendo aquella historia una serie de intentos —algunos de ellos afortunados, otros frustrados y su mayoría desacertados— de introducir en nuestros países —lo mismo que han sido introducidos el automovilismo y las instituciones políticas— las corrientes filosóficas que han nacido y se han desarrollado en Europa (así sea en la que trasciende los Pirineos), es de rigor dar una mirada a la tarea realizada por nuestros monjes de los siglos XVII y XVIII y a sus disquisiciones sobre los universales, el primer principio, la relación

Dios-mundo que, siempre de acuerdo con la doctrina oficial de su comunidad, los Jesuítas, Franciscanos y Dominicos defendían en sus cátedras sin que salieran de ellas. Alarcón y Castro, Mateo Mimbela y José de Urbina son nombres que hoy, si queremos conocer el desenvolvimiento de la filosofía en Colombia, tenemos que estudiar aún para decir que carecían de originalidad.

Pero ahora no se trata de hacer historia. Nuestros propósitos son diferentes. Queremos hacer unas ligeras reflexiones sobre la actualidad filosófica en Colombia, vista en sus relaciones con el resto de Latinoamérica.

Francisco Romero —aquel argentino inolvidable que tanto hizo por la filosofía en nuestro continente— decía que en los países Iberoamericanos esta ciencia está “animada de un enérgico sentido continental”. Sin embargo bien podemos encontrar en cada uno de estos países características propias que levemente los diferencia de los demás. En Méjico, por ejemplo, los movimientos filosóficos han tenido un marcado acento mejicanista, o, por mejor decirlo, chauvinista, que los aleja de la manera de pensar de los argentinos, quienes —quizás por circunstancias históricas bien definidas— han logrado asimilar mejor los movimientos de la filosofía europea. Cuán distantes se nos presentan Vasconcelos, con sus ingenuas teorías sobre la raza cósmica, y Romero, pensador que supo apropiarse y reelaborar de una manera muy personal los problemas clásicos de la filosofía. Ambos, Vasconcelos y Romero, pertenecían a una misma generación, y sus propósitos, aunque siguieron caminos diferentes, eran comunes: se buscaba ante todo superar el positivismo que por varios años tuvo hechizados a los latinoamericanos, quienes deseaban —como dice Abelardo Villegas en su *Panorama de la filosofía iberoamericana actual*— “incorporar a nuestras naciones dentro de la era moderna”.

Pero, mientras el resto de países latinoamericanos buscaba la manera de superar el positivismo por medio de doctrinas filosóficas más actuales, en Colombia se lo hacía en base a una reflexión neoescolástica. Solo a partir de la segunda mitad de la década del treinta, con el grupo que escribía en la revista de la Universidad Bolivariana, y luego por 1945, época en que se funda la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional, en Bogotá, en Colombia surge un movimiento filosófico, impulsado por la lectura de Ortega y Gasset y por las ediciones de la *Revista de Occidente*, que la pondrá al lado de los movimientos latinoamericanos. Ha sido este grupo el que más ha hecho por normalizar —luego veremos lo que significa este término— los estudios filosóficos en Colombia. Entonces aparecieron las influencias de la fenomenología y el existencialismo y, más recientemente, del marxismo en la mayoría de los casos en sus interpretaciones demagógicas.

Desde entonces se estudiará la filosofía, independiente de aquellas disciplinas a las cuales servía, como la política y la religión, en años anteriores. Perdido así su carácter ancilar, se ha podido llegar a lo que Romero ha llamado *normalidad filosófica*. Por tal entendemos, nos dice el filósofo argentino, “el ejercicio de la filosofía como función ordinaria de la cultura, al lado de las otras ocupaciones de la inteligencia. No ya como la meditación o creación de unos pocos entendimientos conscientes de la indiferencia circundante; tampoco, por lo mismo, como la actividad exclusiva de unos cuantos hombres dotados de una vocación capaz de mantenerse firme a pesar de todo. Como cualquier oficio teórico, la filosofía permite y aun requiere el aporte de mentes no extraordinarias: basta el indispensable sentido para estos problemas, la seriedad, la información, la disciplina”.

Sin embargo, surge ahora una pregunta: ¿Fuera de ponernos al día en asuntos filosóficos, han aportado algo nuevo estos últimos movimientos al haber cultural de Colombia? Indudablemente una respuesta no desacertada nos diría que el rigor. No obstante con el solo rigor y sin cierta libertad que nos permita, por así decirlo, algunas herejías filosóficas, no damos, en verdad, ningún paso adelante.

Y es esto precisamente lo que les ha hecho falta a los cultores de la filosofía en Colombia: independencia. Si fuéramos a decirlo en otros términos, nosotros hasta el presente no hemos tenido otra cosa que escolásticas. Escolástica tomista a través de todos los tiempos, escolástica positivista en épocas aún no olvidadas y en la actualidad escolástica heideggeriana o en el peor de los casos orteguiana. No es éste, el de escolástica, un término peyorativo. Con él solo expresamos la celosa adhesión a una determinada escuela y, por ende, su consecuente esterilidad.

Es precisamente lo que han logrado superar algunos movimientos filosóficos de otros países latinoamericanos. Méjico, en donde, por lo demás, existe una tendencia a dejar atrás aquel chauvinismo que hacía de su cultura algo provinciano y, como tal, insoportable, cuenta hoy día con exégetas heterodoxos en el pensar filosófico. Y en Argentina, pensadores como Romero y aún Frondizi han tenido la capacidad de apropiarse de los grandes problemas de la filosofía para repensarlos de una manera muy personal. En Colombia, por el contrario, nos encontramos con exégesis más o menos hábiles pero siempre dentro de la más cuidadosa ortodoxia.

Además, si el problema lo miramos cuantitativamente, hallamos que mientras en otros países latinoamericanos existe una activa labor filosófica, encaminada no tanto a la divulgación como —y esto es lo más importante— a la investigación, los colombianos están en un estado de somnolencia muy próximo al sueño profundo. Es la hora en que aún esperamos obras prometidas desde hace varios años por algunos de nuestros más prestigiosos profesores de filosofía.

Ciertamente la filosofía, como todas las ciencias, no se toma prisa. Por el contrario, es lenta, parsimoniosa. Los problemas no se dejan aprehender fácilmente y con frecuencia son esquivos. Pero lo que entre nosotros sucede es otra cosa. Tal vez no sea el momento de interpretarla. En cambio, sí es oportuno observar que, a menudo, bajo el pretexto —y no deja de ser, en buen número de ocasiones, cierto— de que la cátedra absorbe todas sus actividades, nuestros filósofos no han respondido al diálogo a que han sido invitados por sus colegas del resto de América Latina, quienes, ya en Méjico, ya en Venezuela, en Argentina o el Perú, han venido entregando sus investigaciones, las cuales, al alcanzar un público no tan reducido como el universitario, ayudará a mantener y expandir, por así decirlo, aquella *normalidad filosófica* de que nos habla Romero. En Colombia, por lo general, la filosofía continúa siendo una disciplina encerrada en los claustros universitarios y, ocasionalmente, conventuales. Quizás aquí encontremos una de las razones por las cuales en muchos sectores y en algunas ciudades del país, no se vea la necesidad y la utilidad de las facultades de filosofía, y que en algunas de las universidades que ya la tienen, se la mire como un lujo innecesario, del cual, en momentos de crisis, debe prescindirse.

RUBÉN SIERRA MEJÍA